

de libertad. En el púlpito y en la tribuna parlamentaria, este ingenio fué todo sinceridad, todo verdad. La luz de su honrada conciencia se filtra por la urdimbre teológica, apretada como una reja claustral, en 1794, y se expande, como una aurora, en 1823.

Mier era un orador fogoso, singularmente atractivo y conmovedor. Su verba, reforzada con la figura, con el ademán, con el gesto, con el fuego impaciente de la mirada, adquiría brillo y animación insuperables.—«En las discusiones se animaba con facilidad, y sorprendían algunas veces elocuentes rasgos que él vertía con voz encantadora y que sonaba como la plata.» (Don José María Tornel y Mendivil.—*Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la Nación Mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días.*)

La muerte fué la última evasión de este espíritu irreducible y pujante que luchó sin treguas ni desfallecimientos. A los sesenta y cuatro años se rindió fray Servando. Para que sus características dotes de originalidad y acción no lo abandonasen ni un momento durante su tránsito mundano, él mismo, días antes de su muerte, *puesto ya el pie en el estribo*, «montó en un coche y fué, en persona, a convidar a sus numerosos

amigos para que al día siguiente asistieran a su sacramento». Y es que en el fondo de su alma sencilla y pura se agitó siempre un gran deseo de fraternidad, de concordia, de comunión humana. Una infinita ternura llenaba el corazón de este constante enamorado de la justicia, de la Patria, del ideal. Era un afectuoso; era más, un afectivo. Así lo confiesa él mismo en un rasgo ingenuo y adorable: *Yo nací para amar, y es tal mi sensibilidad, que he de amar algo para vivir.*



La *Apología* de fray Servando tiene una gemela en la autobiografía de don José Miguel Guridi Alcocer, muy distinguido hombre de letras y orador político de fuerza. Guridi Alcocer figuró en las Cortes españolas de 1810, como diputado por la provincia de Tlaxcala, y allí se distinguió por la seguridad y fundamento de su juicio y la templanza de su palabra.

Era doctor en teología y cánones; ejerció la abogacía en la Real Audiencia; fué más tarde provisor y vicario general del Arzobispado, y, después de desempeñar curatos humildes en las diócesis de Puebla y de México, llegó a alcanzar el privilegiado del Sagrario Metropolitano. Dijo

sermones edificantes; pronunció discursos notables; escribió poesías líricas y monografías filosóficas y morales (1). Sus *Apuntes* son, con su apariencia de intimidad y sencillez, lo más interesante que produjo la pluma de Guridi Alcocer, si se toma este trabajo por el lado puramente psicológico. Y digo lo más interesante, porque en las páginas de los *Apuntes* han quedado huellas humanas, como esas que suelen descubrir los sabios en las viejas capas geológicas. No se puede dudar; el rastro está indeleble y nos obliga a decir: por aquí pasó un hombre. Un hombre con sus vicios, con sus pasiones, con sus virtudes, con su inquietud, con sus caídas de pecador y sus arrepentimientos de creyente.

Guridi Alcocer manuscibió sus *Apuntes* por un impulso, según refiere, extraño casi a su voluntad.

«Ha días—comienza—me trae inquieto el pensamiento de hacer unos apuntes de mi vida. Yo mismo no he podido averiguar la causa que me

---

(1) Guridi Alcocer escribió, según Beristain, un *Curso de filosofía moderna*. Es de suponer que esta obra, la cual quedó inédita, debiera mucho al movimiento en favor de la filosofía moderna. (Descartes Locke...) Iniciada por el P. Gamarra.

mueve, por más que la inquiero y me la pregunto: tan impenetrables así somos los hombres. A veces me parece que me lleva el fin de no olvidar jamás mis principios y defectos, para moderarme en los sucesos prósperos y sobrellevar los adversos. Otras me temo no me mueva aquel espíritu de ociosidad, en que encontramos más gusto que en las cosas de importancia. Quizá será una especie de vanidad de complacernos con algunos rasgos honrosos, que no faltan en el más despreciable, cuando ha recorrido algo del mundo. Lo que me atrevo a afirmar es que lo primero es lo que más dista de la verdad, porque me conozco bien. No he sabido cultivar aquellas ramillas de virtud que sembró en todos la Naturaleza; he dejado crecer demasiado la cizaña, la cual ha sofocado aquel precioso grano.»

Lo que yo creo que lo movía a escribir sus memorias, era la influencia de las lecturas francesas. Guridi Alcocer era uno de los pocos que entonces sabían y cultivaban la lengua de Racine.

El ginebrino Juan Jacobo, con su morboso cinismo, con su sensualidad y su sentimentalidad hiperestesiadas, con su afán de desnudar el alma en la plaza pública, para que la escarneciesen y la compadeciesen al mismo tiempo, había des-

pertado ese deseo de *pelicanismo*, de que, en reciente libro, nos habla la condesa de Pardo Bazán.

Y el contagio llegó a México y enfermó al buen cura Guridi Alcocer, y lo obligó a referir escabrosas y picarescas aventuras, en las cuales el amor, el placer y el vicio salen varias veces a recitar sus desvergonzados parlamentos. Las intrigas eclesiásticas se enredan entre las truhanerías y tejen sus arabescos de cinismo. La introspección simple, sin reconditeces, sin análisis complicados, es una operación espiritual que hace constantemente el autor de los *Apuntes*. Se estudia; ve su *yo* con mucha claridad. Y lo mismo estudia y ve el medio en que vive, las gentes con quienes se pone en contacto, los vicios sociales y personales. Es un observador repentista. Muy pronto se da cuenta de los fenómenos que caen bajo el dominio de su observación.

El insigne don Joaquín García Icazbalceta, que guardaba como un tesoro, en su biblioteca particular, el manuscrito de Guridi, lo juzgó, afirmando de él que era una «autobiografía sumamente curiosa por las cosas que el autor se atreve a contar de sí mismo, y por la pintura de las costumbres de la época».

El representante de Tlaxcala en las Cortes

Españolas usa, en los *Apuntes*, de un estilo narrativo, conciso y sobrio, no ayuno de gracia, y, en algunas partes, no desposeído de pureza y elegancia.

Y ya que recuerdo en mi estudio el indiscutido mérito de Guridi Alcocer, quien alcanzó, con el hechizo de su noble elocuencia, a que se reconociesen una vez más en España la ilustración y talento de los indianos, no debo olvidar otro nombre que dió gran prestigio a la colonia en los Centros intelectuales de la Península y que ha dejado huella perdurable en la historia del derecho hispano y en el seno de la Academia Española de la Lengua: don Manuel de Lardizábal y Uribe, hermano de aquel famoso don Miguel que hizo en las Cortes de Carlos IV y Fernando VII un papel de primera importancia.

Los dos hermanos nacieron cerca de Tlaxcala, en la intendencia de Puebla, y estudiaron en el Colegio de San Ildefonso de México. Muy jóvenes se partieron a España. En ella hicieron señaladísima carrera y ganaron fama y honores, no sin adversa fortuna y multiplicadas contrariedades. Don Manuel, que es el verdadero literato—porque a don Miguel puede considerársele especialmente como político, aunque ambos fueron ilustrados y cultivasen las letras—, llegó a la

madre patria con buen acopio de enseñanzas y no despreciable cultivo mental. En el Colegio de los Jesuítas de México estudió filosofía y letras y algunos cursos de Jurisprudencia. Poco tiempo después de residir en Europa fué borlado en la Universidad de Valladolid. Veintidós años tenía don Manuel de Lardizábal cuando pisó costas españolas; a los treinta y seis entró en la Real Academia Española de la Lengua, cuyo ilustre Cuerpo le otorgó el honor de nombrarle su secretario perpetuo poco después. Su fama se acrecentó con los estudios filológicos y jurídicos que sucesivamente emprendió durante su permanencia en Madrid.

Y aquí me asalta la duda que tengo también respecto de otros hombres de letras: ¿Lardizábal nos pertenece? ¿Pertenece a España? Fuera de que en aquella época, y vistas las cosas desde un punto superior, no existían estas diferencias y distingos, juzgo que don Manuel de Lardizábal, que aquí comenzó a educar su intelecto y allá completó su educación, no nos pertenece por entero, pero sí a medias; es, intelectualmente hablando, un árbol trasplantado que, después de su primera florecencia, nutrido con otras savias, dió los más jugosos y sazonados frutos. El largo contacto con la vida netamente

peninsular, con sus hombres, con sus costumbres, influyó en Lardizábal para que considerara tal vez no esencial, sino accidental, su nacimiento en tierra americana.

De cualquier modo que sea, es preciso consignar aquí la personalidad de un poderoso talento, de un escritor castizo y alto, a quien se cita todavía, con profundo respeto, en toda obra sobre el Derecho español. Los grandes trabajos de Lardizábal, además de su colaboración en dos o tres ediciones del *Diccionario de la lengua castellana*, son: el extenso estudio de la legislación penal, que debía haber servido de base a la reforma intentada por Carlos III, pero no realizada hasta medio siglo después, y del cual salió el celebrado *Discurso sobre las penas*, fundado en las teorías de la escuela clásica creada por Beccaria, e informado en amplio espíritu de tolerancia y *humanidad*; la compilación de leyes que, iniciada por él, había de aparecer al fin, modificada por otro jurista, con el nombre de *Novísima Recopilación*, y la monumental edición, primera bilingüe, del *Fuero Juzgo*, en la cual colaboró con Jovellanos y otros académicos, y donde figura el estudio de Lardizábal, erudito y conciso, sobre la legislación de los visigodos y la formación del *Fuero*.

El estilo de don Manuel de Lardizábal se caracteriza por un prurito constante de huir de la imagen, de la metáfora, y de dejar percibir el concepto, un poco frío y rígido, es verdad, pero neto y clarísimo, por bajo la transparencia y pureza de la forma. Y al decir pureza debe entenderse y recordarse la que, en aquellos tiempos de *afrancesamiento* inevitable, tuvieron los escritores españoles, a quienes, de cuando en cuando, les sucede que penetran en comarcas del fraternal idioma romance, traspasando, sin advertirlo, los límites del predio propio, señalados con seculares mojoneras.

Lardizábal, como expresé, es claro y sencillo, y estas dos cualidades prestan a sus escritos una severa y natural elegancia. Para la clase de estudios a que dedicó sus facultades, ningún estilo más adecuado que el que cultivó con tan prolongado suceso. Los graves pensamientos jurídicos suelen exigir, como genuina indumentaria, el negro ropón del magistrado.

Tampoco debo dejar pasar inadvertido a otro hombre excepcionalmente influyente en las letras y en la política nacionales: el notable abogado don Juan Francisco Azcárate y Lezama. No creo pertinente extender en el presente estudio mis apreciaciones acerca de Azcárate, a

quien luego hemos de encontrar pronunciando uno de los más hermosos discursos patrióticos. Azcárate, personaje de influencia, letrado inteligente y literato de estudio y fuste, es, sin embargo, un poeta mediano, como lo comprueban las escasas composiciones en verso que dejó publicadas, y un crítico de cortos vuelos. Sobresale como orador, y en casi todos sus escritos sueña la entonación tribunicia (1).

Oradores fueron también, y algunos de gran aliento, los diputados de las provincias del Virreinato de Nueva España para las Cortes nacionales en 1810. Distinguiéronse de modo especial, en aquel Cuerpo político, los señores don José Beye de Cisneros, eclesiástico; don José Miguel Gordoá, catedrático del Seminario de Guadalajara; don Miguel Ramos Arizpe, cura del Real de Borbón, y el ya citado don José Miguel Guridi Alcocer.

\* \* \*

La poesía desmedrada y pulida de los *melen-*

---

(1) Beristain nos da la interesante noticia de que Azcárate escribió una *Historia de la literatura mexicana*: debía de saberlo Beristain, pues tuvo relaciones con Azcárate, tanto políticas como literarias.

*distas* y *moratinianos* calló también, como pájaro asustado, a los primeros ruidos de la tempestad revolucionaria. Muchas endechas de almiar se deshicieron en las primeras gotas de sangre insurgente. No aletearon con la viveza de antes, ni esponjaron con voluptuosidad sus plumas tornasoladas las torcaces arrulladoras de las anacreónticas. Mirtilo empezó a dejar de llorar los desdenes de Filis, y Batilo se alejó lentamente, sin soplar flébiles gemidos en las cañas de su albogue. Poco a poco se extinguieron los cándidos erotismos *pseudo-clásicos*.

Todavía algunos pastores de la ya decadente Arcadia recuerdan su dulce manera de contemplar y de sentir la Naturaleza, y, de cuando en cuando, empéñanse en cantar

.....del campo  
la quietud e inocencia,  
de Baco las locuras,  
y del amor, las flechas;

pero sus cantos suenan a voz remota, o más bien a eco de lejana canción.

El *Diario de México*, tan entusiasta, tan ameno y literario, comienza desde 1811 a perder algo de su carácter de protector de las produc-

ciones poéticas y a ocupar a menudo el lugar preferente de los versos con algún otro escrito en prosa, sobre motivo social o político, ya que no lo haga con bandos, disposiciones u otros documentos gubernativos.

El caudal de la rima viene empobreciéndose; no es ya aquel resonante río que inundaba con frecuencia las comarcas del pensamiento; ha aplacado su corriente y ahora corre manso por el cauce de la publicidad, semiobstruido desde entonces hasta diez años después por los obstáculos de la taimada y recelosa política metropolitana.

Y ésta suele versificar. La tendencia española de cristalizar en palabras rimadas, así la vida individual como la colectiva y de arrojar en el molde del metro la emoción que pasa, para lapidificarla, por decirlo así, en una perdurable forma verbal, halla en esta vez una derivación a propósito, y de ella se vale para seguir reflejando y expresando las impresiones de la existencia colonial: me refiero a las fábulas y a los epigramas. Unas y otros sustituyen por largo tiempo a las poesías amatorias y bucólicas, y ocupan el sitio destinado antes a éstas.

Cruzan las sátiras, como venenosos y sutiles dardos de alusión; cruzan las pasiones, los ren-

cores, las esperanzas, con su disfraz de frivolidad y de risa. Sólo así, porque no las conocen los esbirros, pueden salir a la calle y comunicarse con la gente; sólo así pueden pasar sin castigo bajo la mirada furiosa de la censura. Son mañosas, hipócritas, mal intencionadas y traviesas. El género apológico es un arma de manejo difícil, pero de gran utilidad en las luchas arteras de la política. Es una daga florentina que necesita esgrimir con sagacidad el ingenio para luchar contra las tizonas de la tiranía colérica.

En la fábula y en el epigrama, como en redomas de vidrio quebradizo, depositaron los espíritus ansiosos de libertad el licor corrosivo de la rebelión. En fábulas y en epigramas se desgarraron, momentáneamente, las joyas de la lírica mexicana.

No se bajaban el embozo las ideas, y, como en algarada carnavalesca, pasaban por el periódico, por el folleto y por la conversación, adiestrándose en el *juego de la careta*.

Sobresalieron en este género que es, en cierto modo, una forma accidental de literatura política, don Luis de Mendizábal, don Juan Nepomuceno Troncoso, don Mariano Barazábal, don Juan María Lacunza, don Joaquín Conde.

Como el *Pensador*, don Luis de Mendizábal

*fabulizó* la situación social de México. Este medianísimo poeta aconsejaba a *cháquetas* e *insurgentes* que cesaran en la lucha tenaz. Pedía moderación por medio de apólogos.

En su versificación descuidada, en su vocabulario pobre, en su desconocimiento o mala aplicación de las reglas prosódicas, se ve, desde luego, que Mendizábal no era un literato de profesión, y que no escribió sino por mero pasatiempo y para entretener ocios mejor que para dejar obra sólida y verdadera. La advertencia que va al frente del pequeño folleto que contiene las *fábulas políticas y militares* lo afirma así de un modo indudable. Fué el presbítero Mendizábal sólo un poeta de circunstancias. Y únicamente por el inocente fraude de algún periodista de aquel tiempo (precisamente Troncoso), el cual comenzó a publicar las fábulas de este escritor, alterando la expresión y el sentido de ellas, quiso el autor darlas a la estampa, sin esperar corregirlas y aumentarlas, como dice Mendizábal que fué su intención.

A pesar de todo, no faltan en estas ligeras obrillas toques de donaire, ni rasgos de ingenio que hagan agradables ciertos pasajes. Luis de Mendizábal, que escribió poesías de varios estilos, ocultó su nombre, siguiendo la conocida

moda de la época, bajo distintos antifaces de seudónimos y anagramas. Firmó las fábulas con su propio nombre, latinizado: *Ludovico Latomonte*. Mendizábal, según me informan, quiere decir en euskaro: Ancho Monte.

Uno de sus apólogos más celebrados en aquella época, y que entonces se discutió, comentó y citó con frecuencia, es éste de *El asno, el caballo y el mulo*:

Por una misma heredad,  
cual Rocinante y el Rucio,  
un asno y caballo lucio  
pacían en buena amistad.  
—¿Qué?—dice aquel—. ¿No es verdad  
que el macho es el peor del mundo?  
En sus feas mañas me fundo.  
—Cierto—le responde el Jacó—;  
es coceador, es bellaco,  
y, sobre todo, infecundo.  
—Ni tiene tu hermosa faz.  
—Ni tu humildad y candor.  
—Ni tu despejo y valor.  
—Ni tu inalterable paz.  
Oyólos, corrido asaz  
un Macho, y dijo: Eso es nulo:  
tenéis mil prendas, no adulo;  
pero... ¡hacéis tan mala cosa...!

--¿Cuál es?—La más horrorosa:  
hacéis, amigos, al mulo.

\* \* \*

¿Con la agudeza del Macho  
los otros no salen reos?  
Pues, perdonad, Europeos,  
la fabulita os despacho.  
Cuanto queráis, sin empacho,  
del criollo decid ufanos;  
decid de los mexicanos  
vicios, maldades y horrores;  
pero ello son, mis Señores,  
hechuras de vuestras manos.

Tan medianos como Mendizábal, desde el punto de vista técnico, son Troncoso, Conde, Barazábal y Lacunza. Los dos últimos merecen, sin embargo, especial mención, por su constancia, por su fecundidad. No pudieron salir de su zona de mediocridad, no dorada, como la de Horacio; mas tampoco por eso abandonaron la tarea ni desmayaron en el propósito, antes bien consumieron en una y otra sus facultades y talentos. Apuraron y utilizaron su ingenio, con un tesón digno del más alto encomio, porque en ese